

---

 F.R. MONTECHE
 

---

## Tres tristes textos

# El Plateado, el Machete y las Putas Tristes



**L**os suplementos literarios y las revistas especializadas nunca dicen nada de autores desconocidos que escriben libros malos, como ocurre con la mayoría de la producción literaria. Dentro de este grupo haremos una excepción con *El Plateado*.<sup>1</sup> A veces traen algún comentario cuando el autor es un desconocido, pero el libro es bueno: este va a ser el caso de *El Machete*, obra de un autor olvidado.<sup>2</sup> Siempre se ocupan de un libro cuando el autor es famoso, tanto si el libro es bueno como si es malo: caso de *Memoria de mis Putas Tristes*.<sup>3</sup>

Considero que los referidos son tres tristes textos porque el libro de Zapata da grima; el de Posada es una obra maestra tristemente olvidada, que nunca consiguió lectores que compensaran una tarea que le llevó al autor media vida, y el de GGM es triste desde el título mismo.

---

1 Zapata Ortiz Manuel, *El Plateado*. Popayán, 2004. (84 págs. 13.5 x 21 ctms.). ISBN: 958-33-6475-4. Este autor-editor nació en El Bordo, Cauca, en 1932.

2 Posada Julio, *El Machete*. Bogotá, 1929, Litografía Colombia. (120 págs. 13 x 16 ctms.). Este autor-editor nació en Anorí, Antioquia, en 1881 y murió en Bogotá en 1947.

3 García Márquez Gabriel, *Memoria de mis putas tristes*. Bogotá, 2004, Editorial Norma (109 págs. 13.5 x 23 ctms.).

Los tres son libros de pequeño tamaño y pocas páginas. Los dos primeros fueron editados por sus autores y encontraron contados compradores, mientras el tercero batió todas las marcas de ventas en el país y fuera de él. Dos de ellos son “memorias” publicadas por mayores de 70 años, uno autobiográfico, otro de ficción. El primero es de un colono analfabeto, el segundo de un tipógrafo con la historia de un peón trashumante, el tercero es de un premio Nobel y relata el último afán contemplativo de un periodista. *El Plateado* y *Memorias...* son de reciente aparición, a *El Machete* lo estamos rescatando de 75 años de olvido.

Como hay una tendencia mundial de estudios sobre arqueología de la palabra y su difusión y se están revalorando los textos que conservan alguna de las características de la estructura oral, los tres libros que aquí comentamos nos colocan en el centro de esa tendencia.

El texto de *El Plateado* fue dictado por un analfabeto a un profesor, quien en las primeras páginas intenta poner un poco de orden a la crónica y la redacción, pero éstas terminan fluyendo como un caótico relato oral, sin cauce ni dirección.

*El Machete* no es obra tipográfica, ni escritura formal, sino oralidad que se hace visible de manera plástica, mediante una grafía que respeta la estructura fonética. La inserción de la oralidad en una caligrafía se pliega a esa necesidad de comunicación que privilegia la escritura y la lectura. La obsesión comunicativa de los iletrados termina por aceptar la escritura en beneficio del relato que puede perdurar y ser leído.

Al presentar el personaje de *Memoria de mis Putas Tristes* como un redactor de notas dominicales en un periódico de provincia, García Márquez está trasladando el centro de una región edénica y oral, Macondo, al mundo tipográfico y escrito de una sociedad moderna. “A medida que la tipografía de Gutenberg ha ido llenando el mundo, la voz humana ha ido extinguiéndose”, dijo McLuhan.

#### EL PLATEADO



**E**n Colombia hay un tema en busca de autor: “La historia del libro y la lectura”, y un capítulo inevitable “Las artes y acomodos que afronta quien escribe y edita”. Dentro de esa obra pedimos una mención para Manuel Zapata Ortiz. Y mientras ese día llega vamos a registrar las circunstancias de su libro.

El nombre de este “autor” apareció en algunas noticias de periódico en los primeros meses de 2005 y su ocurrencia de publicar un libro fue tema de comentarios entre algunos aficionados a las curiosidades bibliográficas. Resulta de veras inusitado que un anciano analfabeto, de raza negra, busque quien le escriba sus “memorias”, consiga un préstamo bancario para pagar la edición de 800 ejemplares y nos induzca a leer las 60 páginas centrales que en realidad tiene su relato. “En la preparación del manuscrito” le ayudó el profesor Jorge Rueda Arcos, quien aportó la redacción y algún orden en la crónica hasta la pág. 24. Después de ésta se imponen sin ninguna disposición los inestables recuerdos del narrador y el caos verbal del analfabeto.

El asunto narrativo, la fundación de un pueblo en las márgenes del río Pinche, afluente del Micay que sale al Pacífico en el departamento del Cauca, tiene núcleo épico y proyección sobrehumana. Las condiciones adversas de la selva tropical en aquellos solitarios parajes y los recursos exiguos de los protagonistas ponen en relieve la capacidad de los colonos y en general de la gente colombiana para enfrentar la naturaleza adversa como un escenario aprovechable, no como una realidad atemorizante.

En el año de 1950 siendo yo un joven (...) con 18 años, mío tío Miguel Zapata me invitó junto a otros personajes a volver al lugar que hacía unos años teníamos visto para nuestro pueblo, y que cumplía con todas las características deseadas, (...) abundante agua, fauna y flora. Nos equipamos (...) con víveres para nuestra supervivencia y con semillas de plátano, yuca, caña, fríjol, arroz, café, cacao entre otras. Las herramientas que portábamos se componían de hachas, palas, machetes y barretones. El peso que cada uno teníamos que cargar era de más de cuatro arrobas. (Págs. 34 y 35).

Durante algún tiempo convivimos solos. Tumbábamos montaña, sembrábamos semillas, construimos cambuches, y cuando todo quedó listo volvimos donde nuestras familias. (Pág. 37).

Claro está que por alimento no se sufría, gracias a la abundancia de éste, representado en la carne de los animales, la cual secábamos y en la dulce miel de abeja ya que abundan los enjambres de colmenas que nos donaban hasta cuarenta litros de miel, la que se empacaba en tarros de guadúa. (Pág. 27).

Mi tío Miguel había regalado diez hectáreas, las cuales ya no eran suficientes para el pueblo que se estaba formando, así que Pedro Arraonda, Roberto Arango, José Gutiérrez y su señora (...) donaron cierta parte de tierra con lo cual el terreno del pueblo se extendió a 30 hectáreas. (Pág. 38).

Así que decidimos dejarle simplemente el nombre de “El Plateado”. (Pág. 40).

Los nuevos pobladores hacían sus casas con hojas de palma, cocas de guadua, astillas de madera, etc. Después del trabajo, los hombres se iban a cortar troncos que estorbaban en el lugar que hoy ocupa la plaza mercado para que los niños y los jóvenes se recrearan. Se realizaban mingas en las que todos colaborábamos. (Pág. 44).

En las noches, antes de ir a dormir, nos reuníamos todos a departir un rato, tomábamos chicha, comentábamos sobre nuestras familias, trabajos y obligaciones de cada uno con la comunidad. Algunos contaban chistes, cantaban, comentaban historias... (Pág. 45).

...mi tío y padre, Miguel Zapata, a quien un hombre le quitó la vida...  
(Pag. 64)

Dos aspectos sobresalen en la decisión de Manuel Zapata de buscar quien le escriba sus memorias y de publicarlas en forma impresa. Ante todo la necesidad apremiante de contar cómo su tío y otros colonos fundaron “El Plateado”, material narrativo de valor que otros fundadores, en su tiempo y situación, no apreciaron ni salvaron como un vínculo de memoria colectiva. (Desde Santa Marta, 1533, hasta El Plateado, 1950, la fundación y refundación de pueblos y ciudades es una veta inagotable en la que podrá siempre documentarse el cronista e inspirarse el novelista. Cuatro siglos de fijación territorial y miles de experiencias colectivas siguen esperando a tantos que no encuentran sobre qué escribir “en un país donde no pasa nada”).

En segunda instancia, la voluntad de hacer un libro a partir de meros retazos de una historia para contar, aún careciendo de los demás elementos que entran en la redacción y edición. Ante esas carencias, la persistencia obsesiva de Zapata va imponiendo soluciones: si el narrador es analfabeto, a un letrado se le puede dictar la historia; si la descripción de la selva sólo consigue componer algunos párrafos, se acude a bastantes fotos para completar el escenario selvático; si el manuscrito no da para más de 25 páginas, se edita en letra cuerpo 20 y así se llega al deseado paginaje; si no hay plata para pagar la impresión, en algún banco debe haber una línea de crédito para iniciativas editoriales; si no hay quien distribuya el libro, el autor buscará conocidos para tratar de vendérselo; si con todo ello el olvido ronda la obra desde que sale de la imprenta, un día afortunado el autor encuentra una buena periodista que de manera llamativa enfoca “el libro escrito por un analfabeto”, lo que motiva la curiosidad de algunos colombianos residentes en el exterior –como el suscrito que buscó la solidaridad de una amiga, quien desplegó gran actividad para conseguir ejemplares y hacerlos llegar a España y Estados Unidos.

Con su ingenua artesanía de sanos propósitos el libro conquista la condescendencia de algún bibliómano: si el autor y el mecanógrafo ignoran la sintaxis, se encuentra una mayor espontaneidad en los garabatos; si el relato empieza en cada página y no tiene continuidad, puede ser disculpa la senilidad del cronista analfabeto. En su libro él habla en primera persona, es el anciano que dicta sus memorias. Sin reclamar más que un protagonismo secundario, es el ilustrador que aporta un álbum de fotos desordenadas, perdidas entre el texto, sobre las que se guarda silencio y que apenas alcanzan a crear una lejana atmósfera de colonización en tierra caliente.

A Edgar Allan Poe se atribuye el concepto de que “el simple acto de redactar tiende en gran medida a hacer lógico el pensamiento”. Una prueba de que ese principio no rige para los analfabetos que producen libros es *El Plateado*, relato desprevenido y desordenado, collage de buenas intenciones.

#### EL MACHETE



**D**entro de nuestra escasa bibliografía y en su registro de libros artesanales publicados por el autor, las circunstancias en que se redactó e imprimió *El Plateado* nos remiten, 75 años antes, a la singular edición de *El Machete*. Entre 1912, año en que terminó de escribir a mano este relato, y 1929, cuando lo imprimió por su cuenta, Julio Posada tuvo tiempo para realizar 20 ilustraciones y, junto con las 100 páginas del texto, grabarlas sobre planchas metálicas; conseguir la plata para la impresión litográfica, con la carátula de cuidado artificioso, y ponerse a vender su obra y cosechar el desinterés presumible por aquellos 17 años de creación y tenacidad.

*El Machete* es un relato costumbrista sobre la supervivencia, las faenas, ambiciones y relaciones en una finca cafetera, con notables retratos de hombres, mujeres y grupos. El tono coloquial se extiende a la edición apenas alfabética mediante el recurso de una caligrafía fonética que se ofrece al lector como parte de la ficción, como resonancia del lenguaje oral. Las ilustraciones, preciosas, recogen en detalle los prototipos humanos, trajes, herramientas, actitudes y relaciones.

El atrevimiento de intentar una sinopsis del relato puede excusarse si da ocasión a la cita de algunos párrafos del texto, así sea en versión “tipográfica”. El protagonista y narrador, peón trashumante, consigue trabajo en una hacienda cafetera, donde convive con los otros peones y con las mujeres que participan en labores de la cosecha:

Me abian dicho quen la finca de Don Carlos VinVer encontraba trabajo y me juí pa ya. (...)

Cuando llegué a la finca estaba el encargao en el corredor rremendando unas enjalmas sentao en otra que ya había rremendao, y le pregunté Usted isque necesita piones y me dijo que sí, entre.

Yo me paré en la varanda y, al ratico que comenzaban a pareser piones desde lejos del cafetal questaba todo enrredondo de la casa y traían azadones al ombro yiban entrando a guardarlos y volvían a salir aguardar la comida; así questaban repartiéndola me dijo don Feles vaya qe le den su comida.

La cosinera les daba la comida por una bentana y ellos se sentaban por ai en los corredores y el patio, uno me preguntó si yo iba trabajar ayá y le contesté que sí, el le dijo a la cosinera: Bea estes nuevo que le dé la comida. (Pags. 8-12).

(...)Cuando trajieron el almuerzo nos digieron las mugeres que lo repartieramos y nosotros digimos que lo repartieran ellas y no querian pero nosotros tampoco, quentonces ai se quedaba sin repartir, y seguimos alegando. Entonces al caburrato se levantó Pachita y lo repartio, y nos dijualpion ya yo quialmorsaramos nosotros primero y yo le pregunte á Pachita siella no tenía cuchára yella mediyo que no y entonses nosotros digimos qialmorzaran ellas primero y siarmuna pelotera yuna charla por las cucharas i nos reimos mucho asta que por fin otra de las mujeres cojió la repartidora qera una cuchara de tutuma y se pusoalmorzar y Pachita y la otra se resolbieron a rresebir la otra dos cucharas. (Págs. 22-24).

En sus tareas coincide con un peón negro, conocedor de picardías, en especial de las artes de esgrima con machete. Consigue entonces uno de los grandes sueños de su vida: que este colega le enseñe los secretos, pruebas y paradas de tan apreciado juego y arte marcial. Se entera de que su maestro también está enamorado de Pachita, con la cual el personaje (Chalarca) tiene aproximaciones y diálogos muy cercanos al noviazgo, a pesar de la indiferencia que ella simula. Como prueba de que ha conseguido destreza en el machete, el discípulo se ve comprometido con el maestro en una exhibición de significado ambiguo, en principio amistosa, pero que por momentos parece la disputa de dos rivales ilusionados con la misma mujer:

(...)Al otro domingo questábamos casi toda la pionada en el corredor dialante, asi que abiamos almorsao el me dijo de golpe: Parientico quiere que juguemos al arma aquí un rrato i yo le dije Bueno Parientico jugue- mos y nos isimos ai en el cargadero cuando íbamos a salir del corredor, él me dijo quitémonos el sombrero y lo dejamos ai.

Algunos onbres se salieron asenos gallera y otros y las mujeres quiabia se quedaron viendo desde el corredor.

Pachita estaba descolorida descolorida comuna paré y comuasustada y como que se le notaban más las pecas yo también pensé muchas cosas, yo miacuerdo quel mi abialbertido cuando mibenseñar: No le cuente a naide Parientico i yo no sabía las intensiones del pa que me conbido a jugar larma ai delante todos.

Talves podía tener pica con yo por motivo de Pachita que paresia quíbamos estando ya más cogidos i comuel miabía contaó quel la quería pero en fin yostaba resuelto a cualquier cosa i que la pusiera como quíciera.

El y yo tratábamos como siempre diamigos pero si porsupuestamente, él tenía su intensión por dentro que nos agarramos de las plumas del buche, pues nos agarrábamos por lo que yo no tenía pica con el i por el contrario le tenía buen amistá pero también me defendía si por un acaso. (Pags. 98-102).

Pachita paga mal a ambos pretendientes y, de modo sorpresivo, se va con un tercero. El mundo estable de la finca cafetera se hunde para Chalarca, al que sólo le quedan su trashumancia y su machete, abrazado al cual se larga por donde llegó:

Yo me quedé trabajando allá todavía unos días pero yo ya no miayaba, es como si miubieran quitaó alguna cosa y asta se me dañó el genio. Yo quería esa mujer mucho más de lo qe me figuraba, ya ni travajaba agusto en fin que resolbí salime diayá y así fue que madruge mucho el día quera, meché a lespalda mi maletero i debajo el brazo cojí mi machete que no me lo pusen la sentura pa salime más ligero antes que me sintieran, la bisper miabía despedidoe todos.

(...) Ai si que se mialborotó la pena, la tristesa tan bien dime pero ya lo tenía resuelto y ligero me fui. Mi machete se me safó al suelo y miacordé de Parientico i su hijo i su machete, me dio comuna corasonada que todo asta él quería dejame; pues qué sacaba yo diayá? Eso porque nian plata, lo arrecogí; lo saqué un poqitoe la vaina i le dí un pico en la oja; fría fría y lo apreté sobre el pecho al zalime pa benime. (Págs. 116-120).<sup>4</sup>

4 Un meritorio rescate del texto completo puede verse en <[http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/12\\_821859148.pdf](http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/12_821859148.pdf)>

Narrador, ilustrador, grabador, artífice de un crudo retrato de la vida en la frontera agrícola, autor metido a editor de su propia obra y uno de sus pocos lectores, Julio Posada se hace cargo de todos los roles del libro, integrándolos a la ficción. Sólo tiene existencia separada el personaje que en primera persona “escribe” el relato con tosca letra vacilante. La edición, en el primer tercio del siglo XX, se integra con elementos plásticos y táctiles, anteriores a los tipos móviles de Gutemberg.

El trabajo de Julio Posada, desde la ideación hasta la impresión del libro, despliega elementos de una riqueza excepcional: él es el dueño de la historia, el autor del texto, el creador de un relato ficticio, el calígrafo que en su escritura vacilante retrata al personaje narrador y su mundo elemental, el ilustrador que complementa el relato con 20 bocetos de los personajes y cuadros costumbristas de la vida campesina, el grabador que traza en 120 planchas el texto y las ilustraciones del ambiente rural.

El cuento mismo tiene un verdadero valor literario, por el planeamiento, nudo y desenlace de sencillos episodios de la vida del personaje; por la riqueza cromática y funcional de todos los detalles a lo largo de una cosecha cafetera; por el realismo convincente sobre peones y mujeres. El vigor expresivo y la autenticidad de personajes y relaciones sitúan la narración lejos de la literatura folklórica, aquella elaborada por “los de arriba” sobre lo que ellos creen que es la vida de los de abajo y escrita en formatos académicos que le otorguen falsa categoría social. La obra de Posada tiene el oído puesto en el habla campesina, enriquecida con la caligrafía fonética que la hace única.

*El Machete* y *El Plateado* tienen la semejanza esencial de que son historias de tiempos de la oralidad que pugnan por convertirse en impresos para llegar a muchos y perdurar en el tiempo. Difieren en que Julio Posada era operario de imprentas y periódicos y conocedor del mundo letrado, y lo que crea es un relato ficticio, mientras Manuel Zapata es analfabeto y lo que dicta a un profesor es una muy pobre crónica testimonial. La presión que la respectiva historia ejerce en cada uno lo lleva a un compromiso acuciante que se extiende por años, buscando una salida hasta dejar “contado el cuento”. Al final, ambos convierten sus cuentos en papel impreso, en formato legible y transportable, en libro. Posada, siendo tipógrafo, propone un vínculo de memoria con elementos anteriores a los tipos móviles con que trabajaba;<sup>5</sup> Zapata, siendo analfabeto, se queda, con balbuceos de oralidad, en el umbral de la galaxia Gutemberg.

---

5 Además de este singular libro, Julio Posada publicó dos libros de versos, pasto del olvido. La Biblioteca de Cultura Popular Colombiana recopiló *El Machete y otros cuentos*, Bogotá, 1946, cuya narración principal está reproducida en varias antologías del cuento colombiano y latinoamericano. En estas versiones el texto se mantiene en pie, vigoroso, pero la tipografía le hace perder el acabado plástico que tiene la primera edición de 1929 que comentamos.





**A**dvertencia previa: Al crítico colombiano que se acerque a la obra de Gabriel García Márquez le queda fácil sumarse a la adulación corriente o, al contrario, le resulta tentador manifestar una iconoclastia irreverente; por eso debe hacer un esfuerzo máximo para no quedar como un vivo que pretende hacerse notar “chupándole rueda” al Nobel o para no ser injusto con el valor de toda una obra. Salgo del compromiso advirtiendo que GGM es un novelista auténtico, con una materia literaria inscrita en su mente e imaginación y con gran talento de escritor. Pero, digámoslo de entrada, *Memoria...* es libro artificial, carente de inspiración, cabalmente malo, una pifia completa.

Nos preguntamos: ¿Hasta dónde esta pifia deslució su obra? ¿Será que ya contó todo lo que tenía para contar? ¿Está acaso presionado por sus editores para sacar partido a su inconmensurable capacidad de atraer compradores y lectores? ¿Será que su afán de narrador, silenciado por diez años, ha sido cómplice de esas presiones? ¿O estamos, en fin, ante una auto-indulgencia propia de la edad? Intentemos algunas respuestas: Con esta Memoria... quiso darnos otra nouvelle quien tan buenos logros ha tenido en el género, sobre todo con esa obra maestra que es El coronel no tiene quien le escriba.

En el nuevo relato puede encontrarse un despliegue del mejor estilo de GGM, una demostración de que este creador de mitos mantiene el poder de su prosa. El juicio honrado debe admitir esa maestría y la capacidad de producir una escritura para ser leída por el más amplio público. Con intención de trascender, la historia del anciano Mustio Collado está puesta al servicio de muy altos y benéficos propósitos. Es ante todo un seguimiento al Nobel japonés Yasunari Kawabata, de cuya novela *La casa de las bellas dormidas* el Nobel colombiano saca una frase como epígrafe de Memoria..., para proponer al lector una atmósfera de sensualidad. Esa atmósfera no la consigue, aunque sí crea un personaje que deviene símbolo de la soledad, conspirador contra el arquetipo de emparejamiento burgués, rebelde contra el matrimonio, caprichoso contemplativo de la desnudez de una adolescente alquilada cuyos servicios paga con tacañería.

Desde el epígrafe hasta la frase final esta *nouvelle* es un trabajo de ingeniería de ficción para injertar en el reino caribe una problemática oriental, con indudable despliegue de capacidad narrativa. La retoma del tema de Kawabata sirve a la buena intención de salirse de temas muy trasegados en occidente e incorporar una alegoría reiterada en oriente. Pero GGM no renuncia al mundo macondiano, sino que inyecta en éste el asunto del japonés contemplativo. Difícil remiendo que más bien deriva hacia situaciones cursis, enmarcadas por frases de cajón.

El mundo audiotáctil intenta dejar remanentes en el relato. De un lado la música de cámara que en algún momento lleva al conocedor que es GGM a dar un par de falsas notas, por poner de erudito al personaje.<sup>6</sup> El otro remanente táctil se niega a sí mismo: el cuerpo de la adolescente que no puede tocarse. Ya se dijo que este elemento llega de la literatura japonesa para centrar el asunto narrativo; pero resulta inapropiado. El cuerpo de Delgadina es un elemento extraño trasplantado a un organismo tropical y que éste rechaza. Al final nos encontramos ante dos operaciones de trasplante que proyectan una sombra de aburrimiento sobre una obra llena de cortesía con el lector.

*Memoria...* es una narración deprimente, que hace pensar que GGM la entregó al editor en un momento de debilidad, ajena al nivel de sus obras anteriores, como el artesano que por cansancio da por terminado un trabajo sin ver las costuras inacabadas que desdichan de su maestría.

Le quedó mal la costura del personaje principal que aparece como narrador desde la primera página, bajo un estigma de incredulidad que no desaparece sino que aumenta a través de las 80 páginas que en realidad tiene el relato. Al final el caricaturesco anciano parece más afectado por las piruetas a que lo somete el novelista que por sus 90 años. Son acomodaticias la existencia del burdel-residencia-tienda regentado por Rosa Cabarcas y sus artes para dormir en profundo sueño nocturno, mediante “bebedizo de bromuro con valeriana”, a una virgen que durante el día es obrera del pegado de botones. Se notan las costuras al personaje convertido en redactor de notas dominicales y que alcanza fama con sus crónicas sentimentales inspiradas en una bella durmiente de alquiler. La vida misma del periódico, cuya actividad sirve para llenar algunos párrafos, aparece como un salvavidas en una narración descaecida.

---

6 A un periodista barranquillero, que se pretende melómano, no se le perdona que confunda “la rapsodia para clarinete y orquesta de Wagner” y “la de saxofón de Debussy” (Ibid., pág. 39), inexistentes, con las que realmente existen: una de Debussy para clarinete y orquesta, inspirada en Parsifal; otra, también de Debussy, para saxo contralto y orquesta; y una de Wolfram Wagner para clarinete solista.

Del mismo GGM aprendimos que la más irreal de las ficciones ha de tener siempre una atmósfera que la haga “creíble”. Sin embargo, *Memorias...* es una trama que no logra credibilidad, esencial y profundo pacto entre el escritor y el lector. También de este autor siempre aprendimos que una historia ha de ser de alguna manera bella y esta es, digamos, chabacana.

Para ahondar la incomodidad de quienes se han sentido ante un libro mediocre, miremos el análisis de un crítico fuera de Colombia:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche, pero me toca hacer algo peor aún: anunciar el más triste ejemplo de decadencia literaria de nuestro tiempo. En realidad, el declive de García Márquez empezó mucho antes (...)

Ya se sabe que, con el tiempo, un porcentaje demasiado alto de artistas destacados se convierten en epígonos de sí mismos. Pero el caso de las putas tristes de GGM es más grave que eso. No es simplemente un libro menor o malo, sino el patético colofón de una trayectoria brillante y, al mismo tiempo, una suerte de espejo retrovisor desde donde toda su obra se ve bajo la chabacana luz que emana de esta novela (...).

El recurso de la desmesura y la exageración, que con tanta destreza había utilizado el autor, se ha trocado aquí en una chulería infantil y machista (...).

Además de fea esta fantasía es falsa. En sus grandes libros, García Márquez se distinguía por la creación de espacios fantásticos en los que hasta la realidad más increíble se tornaba verosímil. Ahora, en cambio, ha insertado una fantasía kitsch en un tejido narrativo realista. Nada bueno podría haber salido de esta operación, pero aún así desconcierta la chabacanería del acabado.

Para reiterar este último concepto, el crítico en otro párrafo dice: “le falta toda credibilidad narrativa”. (Mihály Dés, director de *Lateral*, revista de cultura, Barcelona, N° 120, diciembre 2004, pág. 62).

Ricardo Bada es otro crítico inteligente, cuyos escritos sobre literatura europea y americana son de lectura muy agradable. Esto dice, desde Alemania:

Y leí el libro. Y no es que sea malo. Es algo peor: es prescindible. Prescindible en el sentido de que no le añade ni un átomo de gloria a su autor, antes más bien le rebaja méritos (...)

Lo grave es que la historia, aunque está escrita de una manera fluida y legible, ¡faltaría más!, no engancha nunca al lector —que hasta podría desearla por motivos morales y/o de buen gusto—, está demasiado construida, es demasiado artificial, y quienes la interpretan no pasan de ser marionetas

propicias para que el autor luzca su todavía a veces arrebatador poder verbal. (Revista de Libros, Madrid, N° 96, diciembre 2004, pág. 56).

Podría agregar otros juicios de extranjeros que al igual que los citados cumplen la doble tarea de ponderar las calidades magistrales de la obra de GGM y de inventariar el listado de decepciones sufridas con su última y mediocre *nouvelle*. Los traigo como escudos eventuales contra el nacionalismo ofendido por la profanación al “santísimo expuesto”. Las opiniones adversas se toleran más fácilmente cuando provienen de extranjeros; de un colombiano se reciben, por lo menos, como “dañinas de nuestra buena imagen”.

Está en discusión el beneficio real que el otorgamiento del Nobel en literatura traiga a un país de pocos libros y lectores, al ser recibido por uno de sus escritores. El circuito escritura-distribución-compra-lectura queda pervertido con el Nobel a un grado que no ocurre con ningún otro premio ni reconocimiento. Sin embargo, desde un ángulo positivo es innegable que este fenómeno del premio Nobel produce en países “unipremiados” una benéfica ampliación del mercado editorial.

GGM, en *Vivir para Contarla*, nos deja saber que él “huele” lo que se vende y lo que no... Sus 55 años de experiencia como escritor, siempre pensando en llegar al lector, le han dado la sabiduría de cómo hacerlo. Pero ya no necesita ese sexto sentido de comunicador, porque un vasto universo de lectores está inclinado, de antemano, a comprar todo lo que escriba. Inusitado fenómeno comercial que ha quedado en evidencia con *Memoria...* Ya no importa qué escriba y cómo escriba, cualquiera que sea el título y calidad de su último libro siempre hay millones de compradores y lectores, en cantidades nunca sospechadas para un escritor colombiano.

A la disposición del público para comprar “lo último de García Márquez”, se agrega con esta *nouvelle* otra circunstancia potencializadora aunque, curiosamente, no se trata de un mérito sino de una carencia. Nos referimos al hecho de que sea un libro muy corto, que tiene numeradas sólo 109 páginas, con las que propone una fácil lectura frente a otros *best-sellers* engordados con 500 o 600 páginas. No es que se lo propusiera, pero al editor obtuvo del realismo mágico este otro prodigio: dar apariencia de libro a lo que realmente es un relato breve. Como las 22.500 palabras que tiene apenas daban para un folleto, los prodigios de la diagramación consiguieron el número de páginas para un libro elevando el cuerpo de letra y dejando tres hojas “de respeto” al principio y dos de “engorde” al final.

En *Vivir para Contarla* GGM dice que la gente sigue comprando *Relato de un Náufrago* (aunque a la fecha no se ha vuelto a editar por un pleito incon-

cebible que contra el autor adelanta el personaje), “como si fuera el pan”. En el caso de *Memoria...* la demanda ha sido como si fuera el aire para respirar, hasta convertir el libro en *best-seller* de la temporada 2004-2005 en español y demás idiomas occidentales. La crítica de los medios y la opinión de los lectores han encontrado valores literarios en este relato, y si alguno ha visto sus imperfecciones, éstas quedan perdonadas por el estilo del narrador que deslumbra a unos y otros. Esta aceptación e interés por un narrador no tiene par en lengua española y alcanza un nivel de preferencia que no se da con ningún otro autor, ungido o por ungir con el Nobel. Es un lugar de privilegio conseguido, esencialmente, por las calidades de *Cien años de soledad*.

Sólo transcribiré un comentario que lo dice todo sobre el prestigio de GGM y su principal novela:

Pienso que el impacto de *Cien años...* fue similar al que supuso en su momento la aparición del Quijote, pues hay importantes matices en la manera de ver la literatura a partir de su aparición e insisto en que modificó el canon lector sobre lo que se entendía que eran los contenidos y las formas de las obras de verdadera calidad literaria (...) Hasta mediados del XX hemos vivido en literatura la herencia del Quijote –con ejemplos geniales y ejemplos ramplones– y acaso ahora estemos empezando a vivir la herencia de *Cien años de Soledad*, de la que sin duda pueden surgir también ejemplos tan geniales como el libro fundador.

Lo anterior lo dice José María Merino, novelista y crítico serio, en la página 49 del número 100, abril 2005, de *Revista de Libros*, objetiva y rigurosa publicación sobre temas bibliográficos editada en España.

Del mismo alcance que éste se encuentran –por todo el mundo– centenares de comentarios sobre el Nobel colombiano. Son meros reflejos del inmenso capital que tiene, para gastárselo como quiera, para dilapidarlo inclusive. El patriotismo colombiano puede estar tranquilo ante la evidencia de que el prestigio de GGM puede resistir incólume varios éxitos comerciales como el de su última salida. ☹



**BANCO DE LA REPÚBLICA**  
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO



Fernando Botero / Mujer sentada con fruta / 1996  
Escultura en bronce / 42 x 35,5 x 35 cm

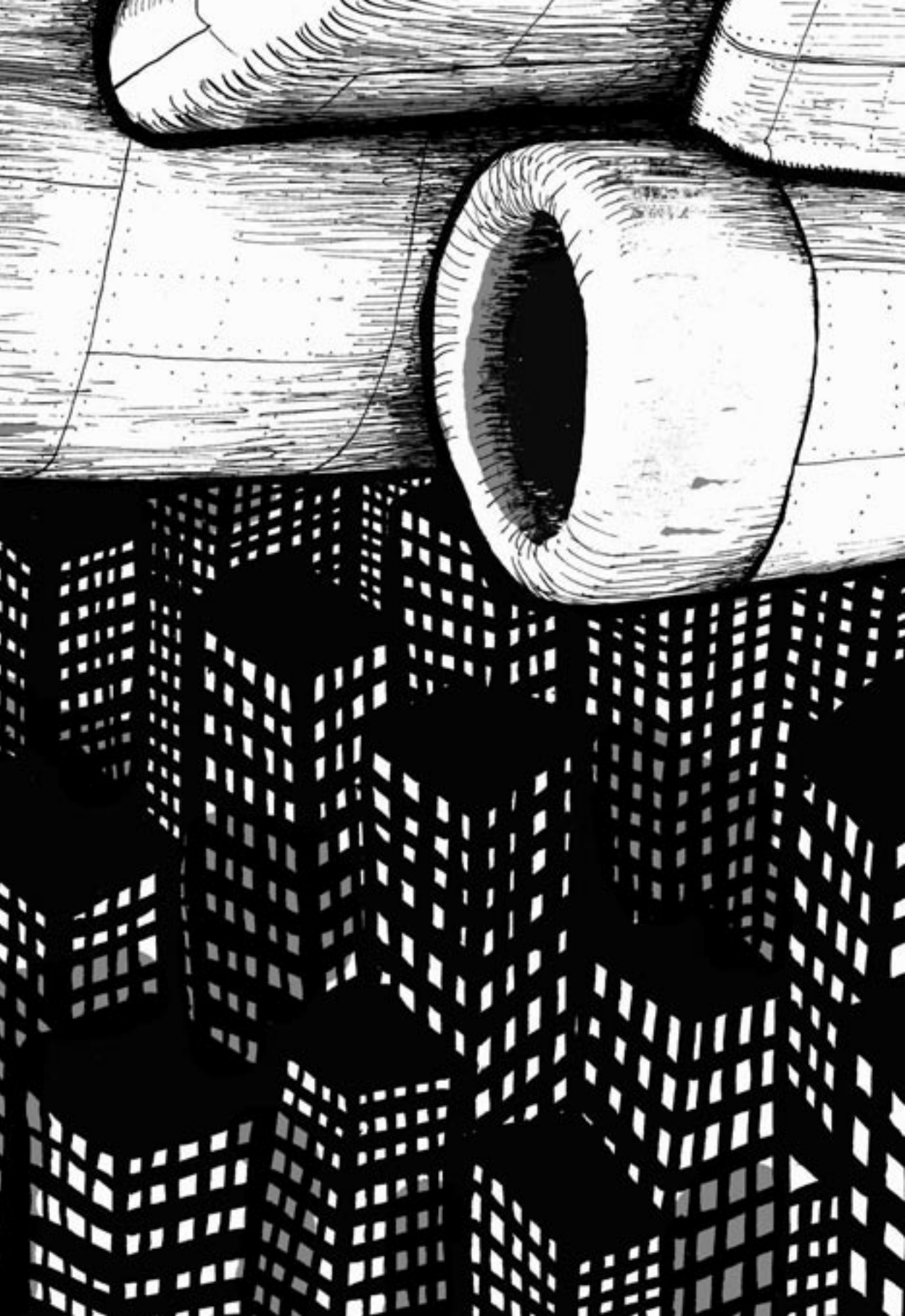
## **Una manzana gratis**

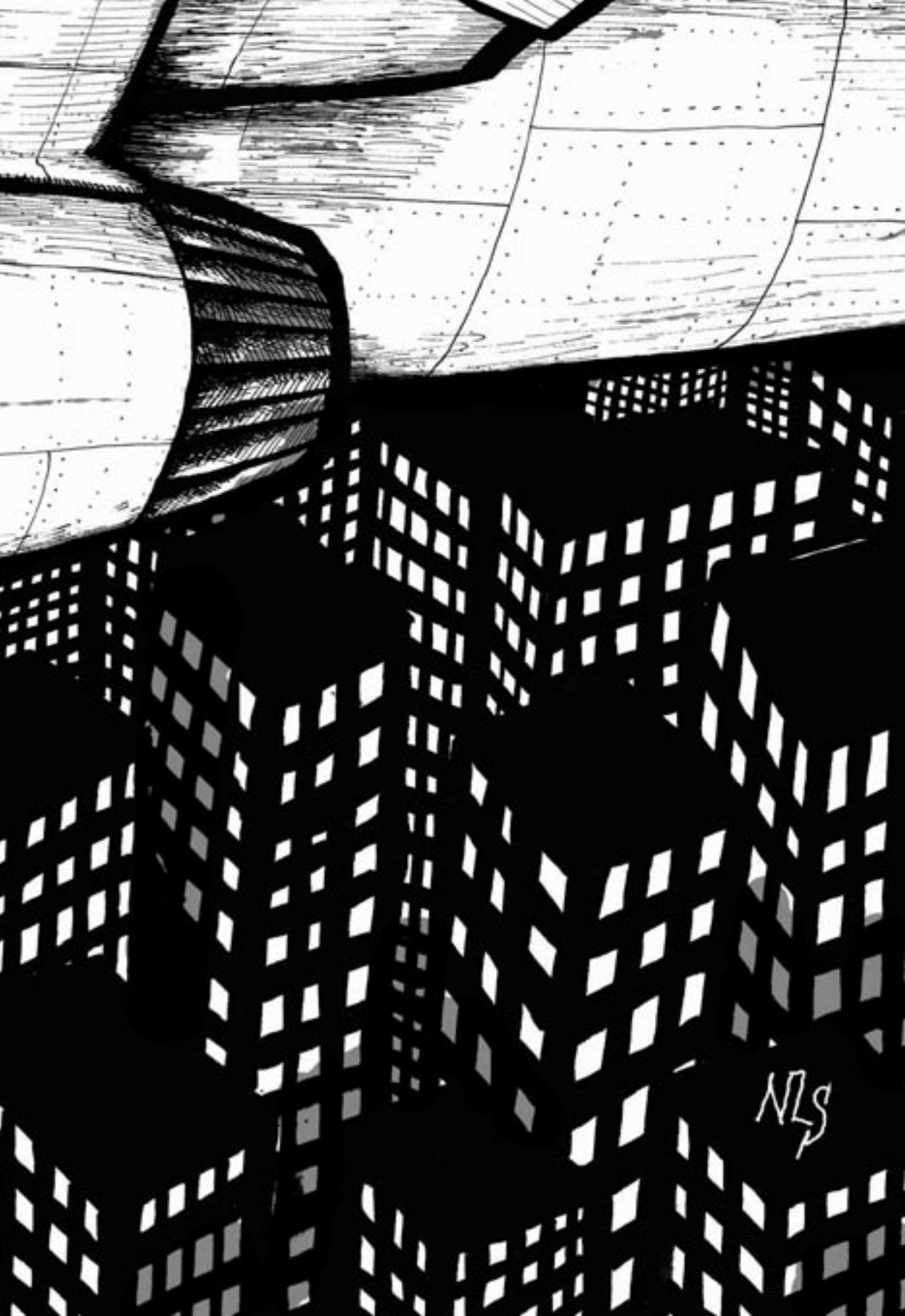
Las exposiciones de la manzana sur de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República lo esperan.

Entrada gratuita al Museo Botero, la Colección de Arte, la Colección Numismática y las exposiciones temporales.

Lunes a sábados de 9:00 a.m. a 7:00 p.m. Domingos y festivos de 10:00 a.m. a 5:00 p.m.

Cerradas los martes.





NLS  
7